

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICION MENSUAL:

60 centésimos

ADMINISTRACION, DAIMAN-282

SALE TODOS LOS DOMINGOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE

NÚMERO SUELTO:

16 centésimos

El manifiesto del Gobernador

Señor don Juan de las Antiparras.

Ruinas de Palmira.

Montevideo, Abril 6 1878.

Estimado Juan:

Dejando para otra vez el cumplimiento de lo que te prometía al final de mi carta anterior, que era seguir ocupándome del presupuesto-embudo confeccionado por don José P. Varela, y consignando la salvedad de que mi promesa no ha de volverse agua de cerrajas como muchas de las que han hecho algunos gobernantes á los pueblos que rigen, te diré que en esta solo voy á hablarte de un *Manifiesto* que el Gobernador de la República ha dirigido á los habitantes de la capital.

—Manifiesto tenemos! murmurarás con la sonrisa maliciosa que en ciertas ocasiones suele somar á tus lábios—Sí, amigo Juan, tenemos manifiesto, que así titulan los diarios de la situación á un escrito que ha publicado con fecha 3 del corriente el Coronel Latorre; pero este manifiesto no es de la misma laya de los que ya conoces, con lo cual te quiero expresar que no contiene, como el primero, una promesa de hacer gobierno honrado y moral, ni como el último, otra promesa de que se efectuarán *irremisiblemente* las elecciones en el mes de Noviembre, ya cercano. El nuevo manifiesto no trae promesas de ninguna clase, y mas vale así, Juan amigo, porque esto de las promesas se parece á lo que Fernando VII decía de las pérdidas:—Siempre perdes, causa.

El manifiesto versa pura y exclusivamente sobre la fiebre amarilla, peste que, á la par de la Dictadura, reina hoy con toda infelicidad en las tierras uruguayas. La epidemia actual es lo único que nos faltaba para que se cumpliera aquel proverbio de que al perro flaco todas son pulgas, ó el otro de, todo junto como al perro los palos.

Ya habíamos tenido un 10 de Enero, y un 15

de Enero, y un Presidente incoacto, y un don Tristan Narvaja, (Q. E. P. D.) y una supresion de la libertad de la prensa, y un don Isaac de Tezanos, y otra supresion de los derechos individuales, y un don Andrés Lamas, y el curso forzoso, y los billetes de la emision nacional, y un don Mateo Magariños en el Ministerio de Hacienda, y un 10 de Marzo, y una manifestacion popular ó de pópulo bárbaro, y dos ó tres aperturas del Registro Cívico, y un impuesto de Instruccion pública, y varias calamidades mas. Pero aún nos faltaba otra, que era la fiebre amarilla. Esta ya la tenemos, y gracias á ella tenemos el manifiesto, que apareció, como te he dicho, el 3 de Abril, dia de San Benito, patron ó abogado de los negros.

Este manifiesto, obra del Secretario privado del Gobernador, y obra mala para escribirlo de un golpe, ha venido á disipar, como por ensalmo, segun los diarios adictos al Coronel Latorre, los temores que habia engendrado la fiebre amarilla en los ánimos pusilánimes. Como no pretendo desmentir ni aun á los periodistas de la situacion, repetiré que así será lo que ellos aseguran. *E pur si muove*, como exclamó Galileo, porque á pesar de la confianza que ese manifiesto ha *incrustado* en los espíritus temerosos, estos continúan *moviéndose* con sus penates ó muebles en direccion á las afueras de la ciudad. ¿Qué hemos de hacerles, Juan amigo? Cada loco con su tema, ó cada tema con su loco.

El documento dictatorial no es de aquellos que merecen elogios por sus buenas formas literarias, y ni aun, lo que es ménos, por la claridad del estilo, cosa bien sensible para mí, que siempre que puedo alabo con sumo placer las producciones oficiales, sin excluir las notas del Ministro de Gobierno. ¿Es posible pedir mas? Como será entónes el manifiesto, cuando me reconozco incapaz de encomiarlo!

Si yo te declarase que hasta peca contra el sentido comun, me lo creerías? Pues, mira, Juan, yo te lo haré palpar como tres y dos son

cincó. Empezaré mi tarea. Principia el Gobernador manifestando que restablecido de la indisposición que lo aquejaba hacia tres días, su primer preocupación fué la alarma producida en el pueblo con motivo de la epidemia reinante, alarma que vá mas allá de los motivos reales y positivos que existen para justificarla.

Con esto significa indirectamente al pueblo, para que este se lo lleve en cuenta, que ha estado indispuerto tres días con sus noches, á causa de haber velado por la salud de la población; en cuyo aserto habrá demasiada verdad, pero ninguna modestia. Y en cuanto á que la alarma ha ido mas allá de los motivos reales, también es evidente. Mas porqué ha ido mas allá de esos motivos? No será por razon de las primeras medidas que adoptó la autoridad ordenando el desalojo de la casa infestada, y de la que le seguía, y de la tercera, y de las demás de la cuadra, y de toda la manzana, y de las manzanas vecinas?

El segundo párrafo del manifiesto es muy curioso—«Si hay explotadores que agraven el peligro, y algunos médicos imprudentes que dan á entender lo contrario; yo puedo asegurar al pueblo que en los 40 días que van corridos desde que ocurrió el primer caso de fiebre, solo hemos tenido once casos fatales reconocidos por fiebre amarilla».....

Esto sí que se presta á comentarios. Es decir que son *imprudentes* los médicos que aseguran al pueblo que no hay peligro? Es decir que si un médico grita á los que van huyendo de la capital:—no os vayais, que en Montevideo no hay peligro, ese médico es un imprudente? Explotadores son los que agravan el peligro, é imprudentes los que dan á entender lo contrario; esto es, los que tratan de apaciguar las alarmas. Cómo nos entendemos? Aquí sí cuadraría el palo porque bogas, y porque no bogas, palo.

No quisiera, amigo Juan, pagar sueldos á un Secretario que me hiciese firmar semejantes contradicciones. Y si no hay contradicción en el párrafo trascrito, yo confieso una de dos:—ó que está redactado en una lengua que no conozco, ó que soy hombre de difíciles entenderas.

En seguida léese en el manifiesto que no hay razon fundada para que las familias se inquieten y se interrumpa el *funcionamiento* ordinario del pueblo. Sabes tú lo que es *funcionamiento*? No? Ni yo tampoco.

«Fuera de aquellas manzanas desalojadas, yo garanto al pueblo que no se ha producido caso ninguno constatado de fiebre. Si hay alguno

que se complazca en asegurar lo contrario, miente ó es un explotador».

¿Miente ó es un explotador? La frase es cortita pero fea....para dicha por todo un magistrado supremo en un documento oficial. Pasemos, pues, á otro párrafo.

«Todo lo que el pueblo debe hacer es tomar las precauciones higiénicas requeridas en las épocas de epidemia, y muy particularmente, *no perder tiempo en llamar médicos, para los que sientan cualquier clase de dolencia*».

Ahora sí que te juro, amigo Juan, que no pagaría sueldos á un Secretario que me hiciese suscribir cosas completamente opuestas á las que yo habia pensado publicar. ¿No te has fijado que se recomienda *no perder tiempo en llamar médicos*? Ora isto! Juan estimado. Yo me siento con los síntomas de la fiebre amarilla ¿y qué hago? Pido que me traigan un Galeno? De ningún modo, porque llamar á un facultativo es igual á *perder tiempo*.

Mas claro todavía? Pues escúchame, Juan. Se ha anunciado la segunda representación de un drama, del *Veterano Oriental*, por ejemplo, y he concebido el propósito de ir al teatro. Comunícole mi idea á un amigo, que ha estado en el estreno de la obra, y mi amigo me disuade de esta manera:—No vayas, hombre, que la función no vale la pena—El drama es malo? le pregunto—Es de lo peor que puede verse—Luego me aconsejas que no vaya?—Sí, no pierdas *el tiempo* concurriendo al espectáculo. Asistir á la función es tiempo perdido.

Yo creo que el Gobernador, y aun su Secretario, á quien supongo autor del manifiesto, han pretendido significar que los que sientan cualquier clase de dolencia, deben llamar al facultativo *sin pérdida de tiempo*, esto es, inmediatamente de sentirse enfermos. Esto me parece lo razonable, como se le ocurrirá á cualquiera; pero en el manifiesto se indica lo contrario se dá á entender que llamar al médico es *perder tiempo*, es un trabajo inútil. ¡Buen consuelo para los que se crean atacados por la enfermedad!

Estos son los *quid pro quos* mas garrafales que he encontrado en el manifiesto del Gobernador, los *al reves te lo digo para que entiendas* de mas bulto. Y no pongo nada acerca de los errores gramaticales y otras faltas de menor monta que abundan en ese manifiesto, pues si fuera á hablar del asunto acabaría por cansar tu paciencia.

Así es que doy fin á mi epístola, haciendo votos por que el Secretario del Coronel Latorre se esmere algo mas en los escritos que han de salir á luz, para evitar que péñolas mas cáusticas

cas que la mia satiricen documentos que por su origen, ya que no por otra consideracion, deben ser un modelo de seriedad, claridad, correccion y buen sentido.

Tu amigo y S. S.

Timoteo.

Carta semi-tureca

(Despedida)

Abril 8 de 1873

Querido Timoteo:

A punto ha estado de que se cumpliera el adagio que en tu último número citabas: día de mucho, víspera de nada. Y digo á punto porque estuve ya con el pié en el estribo, como quien dice, para huir de esta, dónde empezó á hacer de las suyas cierta enfermedad que algunos piensan es epidémica y otros nó.

Por lo que pudiera suceder, habia determinado salir de aquí y refugiarme ¿en dónde erees? Pues en Siberia, ni mas ni ménos. Me objetarás que allí iba á morir de frio; pero á eso te contestaré que se me importaria un comino, porque el toque y la gracia está en no morir de la epidemia: y así ves mucha gente que huyendo de una enfermedad dudosa, se vá á atrapar una pulmonia segura, aunque siempre le quedará el consuelo de no morir de la fiebre, lo cual es no solo de mal gusto sino hasta vergonzoso.

Pero sobre todo de lo que mas se huye no es de la peste, ni del contagio, ni de otro miedo que el de ser tenido por *caso*, y especialmente por *caso sospechoso*, porque desde el momento en que seas calificado de tal, puedes hacerte la cuenta de que mas te valiera ser difunto y estar enterrado á mayor profundidad que las libertades públicas, que estan á una hondura respetable.

Ay! amigo, y cuántas penurias pasa la pobre víctima que ha incurrido en el terrible delito de ser declarado *caso sospechoso*. Cuántos sufrimientos tiene que experimentar ántes de ir á dar con sus huesos al cementerio! Y qué sanguijuelas son para el pobre Erario los tales *casos*! Cuánto te parece que se lleva gastado hasta la fecha? Pues de seis mil y pico para arriba. Es ó no gastar, Timoteo?

Y no se diga que el paciente si se muere, muere por falta de asistencia; antes, al contrario, podría decirse que lo mata el exceso. Empiezan por examinarlo cinco ó seis médicos, en seguida

uno ó mas Ministros, luego los de la Salubridad, mas tarde los inspectores, y al fin..... queda allí con un centinela de vista hasta tanto no sea desalojada su familia, y gracias que ya no desalojan á los parientes, amigos ó vecinos de algunas cuadras á la redonda.

Entran despues las discusiones científicas y profanas sobre si es *caso* ó no es. Este porfia que sí, el de mas allá que no, el otro que es sospechoso, hasta que quizá algun médico corta la discusion diciendo á vista y paciencia del *caso*: —Mañana saldremos de dudas al hacerle la autopsia, oido lo cual, el enfermo murmura ¡Buenas noches! y toma el partido de morir temeroso de que lo *autopsien* en vida para aclarar las dudas.

Huyendo, pues, del peligro de ser sospechado de *caso*, es que habia preparado mi maleta para irme á Siberia; pero como parece que los casos disminuyen, he preferido dejarme estar aquí, porque me cuesta separarme de estas buenas gentes, y tambien por dar crédito á la palabra del Gobernador, que afirma no hay razon para asustarse.

Pero, al fin y al cabo, preguntarás tú ¿hay ó no hay peste? A esto no sabria que contestarte, pues si aseguro que sí, miento como un bellaco, como dice muy bien el Gobernador en su manifiesto, y si opino que nó, estoy expuesto á correr la suerte de Juglaris, á quien mas le valiera ser juglar que andar escribiendo que no hay tal epidemia. Sobrada causa han tenido para meterlo entre rejas.

Así es que no esperes que yo te dé noticia cierta al respecto, por temor, en primer lugar, y en segundo por no tener fuente segura de donde recoger datos. Dice la Comision de Salubridad—hoy ha habido cuatro casos. Y el Ministro de Gobierno desmiente la noticia y asevera —solo ha habido uno. ¿A quién creer? Yo quisiera atenerme á la declaracion de la corporacion respectiva, pero ¿y la declaracion ministerial? El que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija; por lo tanto yo me arrimo al Ministro, que siquiera por lo grande no ha de dejar de darme alguna sombra.....aunque sea de las muchas que segun se cuenta tiene en su vida política.

Pasando á otro asunto te diré que lo que mas me ha llamado la atención en los diarios que me mandaste, ha sido un editorial de *La Campaña* del 6, poniendo de oro y azul al doctor Ramirez. Y con cuánta razon le planta el ex-Jefe Político del Salto cuatro frescas, como cuatro banderillas, al ex-redactor de *EL Siglo*.

En el articulo hay de todo, como en botica,

y así verás tú una *admósfera*, y un *bon gré, mal gré*, y un *speech*, que prueban que si el señor Revuelta no escribe muy bien su idioma, conoce en cambio el lenguaje de Shakespeare y de Molière. Perdona la reminiscencia, y perdónemela sobre todo el redactor de *La Conciliación*.

Con justísima causa pregunta el señor Revuelta—¿Quién es el doctor Dupont? Y quién el doctor Ramírez? Vamos á ver, agregó yo ¿quiénes son? Son por ventura de los que se reunieron el 15 de Enero en la plaza de Cagaucha? Son de los del 10 de Marzo? Son de los del 18 de Julio? De los del plebiscito? Han sido alguna vez Jefes Políticos? Cerraron imprentas? Encarcelaron periodistas? Fueron siquiera secretarios de algun Gobernador?

Nada de eso; no pasan de ser unos doctores, esto es, gente de pluma, incapaces de nada, ni aun de ser inspectores nacionales, ni directores de correos, ni administradores de fronteras. ¡Y qué bien se expresa el señor Revuelta al poner:—«Sin ellos hemos llegado hasta aquí, es decir, hemos llegado hasta donde no habíamos llegado nunca.»—¿Qué habíamos de llegar, Timoteo? Ni para qué necesitamos de esos doctores para llegar adonde hemos llegado, como dice perfectamente el articulista?

Hemos llegado á enterrar la Constitución, á constituírnos una Dictadura que ojalá nunca termine, y á castigar sin forma de proceso. Hemos llegado á mas: á recoger ochenta mil firmas, Dios sabe por que medios, á encarcelar por si Fulano curó ó no curó, á jugar al carnaval en cuaresma; y en fin, hemos llegado á tener lo que nunca habíamos tenido.....

Y hubiéramos llegado hasta aquí con el concurso de esos doctores? Confiesa Timoteo ¿crees tú que hubiéramos llegado? De seguro que nó.

Y yo comprendo muy bien que la cartita del doctor Ramírez sea para sacar de su juicio al señor Revuelta, como lo dice en su artículo: ¡Decir que el doctor Dupont no aceptaría el Juzgado del Salto ni otro de mayor jerarquía!

¿Cómo no ha de sublevar esa declaracion al señor Revuelta, él, que sería capaz de aceptar una Jefatura Política, y una subvencion para su diario, y aun cosa de menor cuantía con tal que de algun provecho le fuese? Sobrada razon tiene para sulfurarse el redactor de *La Campaña*, contra todo lo que importe un ataque al actual régimen, al cual él ha probado que guarda una fidelidad que hace competencia á la del mas fiel can que recuerda la historia, por lo que podría llamársele canina, no por lo que masea sino por lo constante.

¿Recuerdas tú aquel telegramita en que se le

destituía del cargo de Jefe Político? Recuerdas tú que no era muy suave? Pues aquí encaja la comparacion del perro que lame la mano que lo castiga. Recibió el varapalo, y viene á echarse á los piés de quien se lo dió, al que defiende con todo el ardor del que espera recobrar el perdido valimiento. Y qué pica en Flandes ha puesto el señor Revuelta con su articulito! Quisiera ver la cara que puso el doctor Ramírez al leerla.

Y no creas que lo que mas me llama la atencion en ese escrito sea el estilo, que aquí en confianza te confesaré que es bastante malo, amen de algunos errores ortográficos, sino la valentía y el coraje que emplea el articulista, que debe tener las espaldas bien guardadas.

¿Qué importa á la nacion que los doctores Ramírez y Dupont no acepten Juzgados de mayor ó menor jerarquía? Ellos son los que salen perdiendo en la partida, pues se privan de morder un buen bocado del dulce turrón, y se exponen á tener que morderse las uñas si escasean los clientes, y si continua el fandangó, quiero decir, la Dictadura.

Allá con su pan se lo coman, que entretanto los demas siguen tirando del carro dictatorial, aplaudiendo y comiendo y haciendo por la vida, que todo es vivir aunque sea á costa de un poquito de dignidad, que es cosa hoy sin valor para los que nó son tontos, es decir, para los que nó tienen asco en aceptar empleos venigan de donde vinieren—*Sic itur ad astra*.

Bien dice el refran que un loco hace ciento. Salió el doctor Ramírez escribiendo que el doctor Dupont no aceptaría ningun Juzgado, y ahora nos sale don Alfredo Herrera diciéndonos que no aceptará tampoco ningun puesto público remunerado.

¡Y cuán grande, amigo, es el número de los tontos! No servirles siquiera de emulacion á esos señores lo que ha pasado con algunos de sus amigos, que se han dejado llevar por la corriente!

El de Director de Instruccion Pública era como tú sabes, un cargo gratuito. Entró á desempeñarlo don José Pedro; redactó un reglamento, y cádate aquí que sale mejorado en tercer y quinto, con unos cuatrocientos pesos al mes y un gajecito para viajes, que es cuanto puede pedirse.

El Administrador de Correos ganaba trescientos; nombraron para este puesto á don Remigio que confeccionó un proyecto de ley, y hete aquí que le suben el sueldo á cuatrocientos duros, pasa de Administrador á Director, y de principista á situacionista, y de ser tonto á no serlo.

Esas declamaciones fuera de tono, estan ha

nas en los individuos que como Ramirez y Dupont no tienen ni la mínima esperanza de que los nombren nada, que si se las hicieran buenas otro gallo cantaría, porque no es de creerse que los que han aceptado empleos lo hayan hecho con mengua de su dignidad y solo por estar al sueldo, que eso sería suponerlos capaces de prevaricar con su conciencia, y de ponerse en subasta pública, adjudicándose al mejor postor.

Basta por hoy de estos asuntos, que son ya mas enfadosos que una nota ministerial, y basta tambien de moler tu paciencia, que estarás ya mas harto que el país de promesas que no se cumplen, lo cual es mucho decir.

Con sentimiento, caro amigo, te doy un adios eterno, porque estoy decidido á partir para tierra muy lejanas, salvo nueva opinion.

Tuyo como siempre
Blas Gil. (á) Touchatout.

Como se cura el spleen

César—(Hace dias que estoy con una luna del demonio, y necesito distraerme. Veremos si lo consigo.) Y qué tal, qué han olfateado vds. sobre la epidemia? Tú, Rigoletto, como mas asistente, que has olido por ahí?

Veleta—(Oler, olfatear! Esto es llamarnos perros. Todavía le durará el spleen á César? Malorram!)

Rigoletto—Yo he olido que las beatas juran que si la fiebre amarilla se ha marchado con la música á otra parte, no se debe á las medidas de la autoridad sino á los ruegos de la Iglesia. (Cómo si Dios fuese á escuchar á los frailes, que son hechuras del malo!

Veleta—(Santiguándose)—Señor mio Jesucristo! Ave María Purísima! Qué hombre este! Ni aun respeta los santos dias en que nos encontramos.

Rigoletto—Ché, dejáte de jeremiadas y de ma-caquerias, que ya me tenés hasta el pelo. Vos querés aparentar que sos muy cristiano y muy devoto, pero nada entre dos platos.

César—Ya empiezan ustedes? (Le dirige una mirada á Rigoletto como excitándole á continuar) ¿Hasta cuando habré de pedirles que se conduzcan como dos buenos amigos? (Me gustaria que se sacudieran el polvo.)

Rigoletto—Yo amigo de Veleta? Nunca, jamas; á mí no me ganan el lado de las casas, como á vos, (por César) los hipócritas, ni los cómicos, ni los come-santos, porque yo soy derecho riejo.

Veleta—Mirando al sitio en que estoy y á la persona en cuya presencia nos hallamos, Rigo-

letto, es que oigo impasible semejantes palabrotas.

Rigoletto—Enojáte, enojáte, y verás si te pongo de mojinele la salivadera.

César—(A Veleta) No haga caso de las locuras de Rigoletto. Vd. ya sabe que esta cabeza no anda bien.

Veleta—Sí, señor; pero es que abusa de las libertades permitidas á los individuos que padecen de reblandecimiento cerebral, como el doctor don Luis Velazco.

Rigoletto—Mirá, viejito, que si me enojo!... Cuidado conmigo, ché. Y al fin y al cabo, si yo tengo blandos los sesos, tengo dura otra cosa; al revés de lo que á vos te pasa, que tendrás duros los sesos y otras cosas blanditas. Y chupáte esa, vejestorio.

César—(Qué loco divertido! Ya se me vá pasando la luna).

Veleta—No piense vd. que me lastima con vociferar que tengo cosas blandas, que efectivamente las tengo, pues soy blando de corazón, blando de palabras, blando de sentimientos y blando de carácter. (César dirige otra mirada expresiva á Rigoletto).

Rigoletto—De carácter? Que estás hablando de carácter? Acaso conocés esta fruta? Vos sos de carácter?

César—(El loco tira á fondo). Vd. sabe, amigo Veleta, que la chola de Rigoletto está destornillada. Y como al que nace barrigon es en balde que lo fajen, lo mejor es no hacerle caso.

Veleta—Estoy de acuerdo con vd. y por eso tomo las palabras como de quien vienen.

Rigoletto—Já, já, já! Dijo el sarten á la olla, apártate que me tiznas. Pero ¿y te has creído hombre de carácter? Vamos, contestá, no has sido blanco?

Veleta—(Fingiéndose ruborizarse). ¿Y con qué derecho me pide vd. cuenta de mis opiniones políticas?

César—No le haga caso, Veleta, y riase como yo. (Pues se me va quitando la luna!) Vd. sabe como tiene la cabeza!

Rigoletto—No has sido colorado?

César—A palabras necias, oídos sordos, amigo.

Veleta—(¿Si tambien César se estará burlando de mí? Ah! pitanza, cuánto me cuestas, y qué sinsabores me obligas á pasar! Dios mio, Dios mio!).

Rigoletto—No has sido conservador?

Veleta—Falta vd. á la verdad.

César—(Ya entró á la pica el toro! La función será buena).

Rigoletto—Hola, ché, como saltaste. Ya te has olvidado que fuiste conservador cuadon

Juan C. Gomez fué Ministro? *Mirá* que sé de pe á pa la historia de esta tierra.

César—Repito que no le haga caso. Cállate, Rigoletto. (*Le quita el ojo alentándole á seguir*).

Rigoletto—No has sido Muñocista y Varelista y vicentino y mason y el diablo á cuatro? Y eso es tener carácter? *Aprendé* de mí Veleta, que he sido, soy y seré blanco como hueso de bagual.

Veleta—(Bagual sí que eres, y de los mas bellacos). ¿Vd. se dice blanco, y fué amigo de Flores y de Batlle y de Gomensoro y de Ellauri y de Varela? Vd. solo es blanco de dientes y de cabeza, que la tiene completamente en blanco, esto es, sin sesos. Y si no respetára el lugar en que estoy....

Rigoletto—*Hinchá* el lomo si *querés* que te ponga overo.

César—Basta, basta, señores, y sigamos la conversacion interrumpida tan á destiempo. (Me parece que se me fué la luna). Y vd. que opina, Veleta, de lo que juran las beatas?

Veleta—(Respiro!) Yo pienso que á Dios rogando y con el mazo dando.

Rigoletto—Ya te largaste con una de las tuyas. Siempre con refranes de sacristia! Y eso que *vivís* entre gente de espada.

César—No he comprendido lo que usted me contestó. Qué es eso de á Dios rogando y con el mazo dando? (Si querrá embromarme con lo del mazo dando? Dios lo libre de meterse en camisa de once varas!)

Veleta—Eso significa, señor, que al mismo tiempo de pedir á la Divinidad que nos conceda un beneficio, es conveniente que pongamos de nuestra parte todos los medios para alcanzarlo.

Rigoletto—Muy bonito! Entónces á qué he de rogar á Dios que me lo conceda, si yo me valgo de mis recursos para lograrlo?

Veleta—Por aquello de: Ayúdate y Dios te ayudará. Es una máxima apostólica.

Rigoletto—*Mirá*, *dejáte* de apóstoles y de fábulas, que yo los respeto tanto como aquí respetamos la Constitucion, é *improvisá* mas bien unas décimas sobre la versatilidad de las opiniones políticas.

César—(Ah! loco lindo! Como lo lloraria si me lo matára la fiebre!)

Veleta—En lugar de hacer lo que vd. me indica, compondré algunos versos sobre la locura.

Rigoletto—Esos ya los escribiste cuando aquel asunto de la comparsa *Habitantes de Vilardebó*. ¿Ya no te *acordás* como arreglaste las canciones aquellas? Así te han estado amolando despues, que amor con amor se paga.

César—Lo pasado, pisado, Rigoletto. Y á propósito de lo pasado y pisado, qué han oido decir vds. acerca de la vuelta al régimen constitucional?

Veleta—Que nadie la quiere, señor; los espíritus se encuentran aun muy exaltados.

César (*con sorna*)—Con motivo de la fiebre amarilla?

Veleta—No, señor, con motivo.... pues... con motivo... de las elecciones, con motivo....

César—No sea vd. zopenco!

Veleta (*temblando*)—Mil gracias, señor.

César—Ahora viene vd. con los mismos argumentos del año 1876, que ya no cuelan por haber pasado de moda! En caso de que las elecciones no se verifiquen, habrá que inventar otros mas frescos. Ya no se podrá decir que las pasiones están exaltadas, porque hoy los hombres están mas sumisos al poder que los bueyes al yugo. Hay que hacer acopio de argumentos de otra naturaleza!

Veleta—Es verdad, señor; soy del propio parecer.

César—Así es que desde ya debe irlos buscando por si es preciso. Entiende vd?

Veleta—Sí, señor. (Cómo se rie Rigoletto! Ah! turrón, turrón, qué amargo eres á veces!)

César—A otra cosa. Espero que en las funciones de semana santa me acompañarán vds. á la iglesia.

Veleta—Con mucho gusto, señor. Esa es una idea acertadísima, y por otra parte es conveniente estar bien con el Todopoderoso.

César—Y vd. cree que si yo voy á la Matriz es por estar bien con el Todopoderoso? Necesito estar bien con Dios? He cometido algun pecado grave?

Veleta—No, señor, es decir.... Eso mismo.

César—Cómo eso mismo? He cometido algun pecado grave? Vamos conteste ¿tengo algo de que pedir perdon á la Divinidad?

Veleta—No, señor; su conciencia está mas limpia que una patena. Decia que es lo mismo estar bien ó no con Dios.

César—Acabáramos. Sepa vd. que si concurro á la iglesia es por estar bien con la gente de sotana, cuyo apoyo me es útil. Ha comprendido vd?

Veleta—Sí, señor, y pienso de un modo igual. Los hombres de cogulla gozan de bastante influencia todavia en este país.

Rigoletto—*Vos* siempre *pensás* lo mismo que César. Si este habla en favor de los curas, *vos opinás* que los curas son unos ángeles; si habla en contra *respondés* que son unos pajarracos. Si César dice que *sos* un burro, *vos* estás conforme.

con su opinion. *Sos* como esos muñequitos de palo, que tirándoles de la cuerquita responden sí ó no á la voluntad del que los maneja. Eso *sos* vos, un títere.

César—Já, já, já! No haga caso de Rigoletto. Ya sabe vd. que el pobre tiene la cabeza mala. Voy á buscar un cigarro, y ya vuelvo.

Veleta—Yo iré, señor, no se moleste vd.

César—Quieto, quieto. (Tiene miedo de que-darse solito con el loco). Espero que no arma-rán ningun escándalo durante mi ausencia.

Veleta—Por mi parte, señor....

César—Orden, Rigoletto. (*Le dirige otra mira-da significativa y sale de la habitacion*).

Veleta—(*Con voz insinuante*) Uf! que frio! No siente vd. frio, Rigoletto?

Rigoletto—(*Con tono de mofa*)—Sí, y podemos calentarnos.

Veleta—(Malorum!) La estufa está apagada.

Rigoletto—Qué estufa, ni qué demonios. Va-mos á calentarnos á zoguís. *Puramente* tenía ga-nas de sacudirte unos buenos sopapos por atre-vido.

Veleta—(*Con humildad*)—Yo atrevido, yo, que sufro con resignacion sus denuestos?

Rigoletto—Ahora como te *hallás* solo conmigo, *aparecés* muy manso y muy humilde; pero cuan-do César está delante, como él te ha de defen-der, te *mostrás* altanero.

Veleta—Es que estando ó no estando en pre-sencia de César, yo soy un hombre prudente. Y á propósito, le recitaré á vd. una moraleja. (Ve-remos si consigo contener á Rigoletto hasta que vuelva César. ¿Y si este me ha hecho al-guna jugada?) Tenga la bondad de escucharme. ¿Puedo empezar?

Rigoletto—*Empezá* cuando quieras. ¿Cómo no te has de librar de los *trompis*!

Veleta (*tartamudeando*)

Pedro Ponce el valeroso

Y Juan Carranza el prudente,

Vieron venir frente á frente

Al lobo mas horroroso.

El prudente, temeroso,

A una encina se abalanza,

Y cual nuevo Sancho Panza

De las ramas se colgó;

Pedro Ponce allí murió.

¡Imitemos á Carranza!

Rigoletto—Pues yo imitaré á Pedro Ponce, porque no temo que contigo me pase lo del lobo. *Tá sos maula*.

Veleta—Mas piano, Rigoletto.

Rigoletto—Qué mas piano ni mas guitarra! Ahora verás como te mojo la oreja. (*Rigoletto avanza y Veleta retrocede. Tumbase un mueble, so-*

bre el cual habia una pistola. Sale el tiro, dá un sal-to Veleta, pegando un grito, y Rigoletto le acomoda una puñada en las narices. En esto aparece César, sonriéndose)

César—Pero, hombre, ya no se respetan mis mandatos?

Veleta (*Con un pañuelo en la nariz*)—El señor... yo no soy culpable.

Rigoletto (*á César*)—Que te muestre las nari-ces; *decile* que te muestre las narices.

César—Esto no puede quedar así...pero ya lo arreglaremos.

Rigoletto—El qué? Las narices de Veleta? Já, já, já!

César (Qué loco inapreciable!) —Vaya vd. á mi cuarto y lávese la cara, Veleta. En seguida daremos un corte á este asunto. (Ya se me fué la luna) (*Veleta pasa á la habitacion contigua*) Venga un abrazo, Rigoletto. Lo lastimaste mucho?

Rigoletto—Qué esperanzas! Apenas pude pegar-le una trompada, pues disparó como un *chancho*.

VARIEDADES

Los hombres políticos

(ARTÍCULO NO ESCRITO PARA ESTE PAIS)

¿Estamos solos, caballeros?...

Han de saber ustedes, que hoy me ha entra-do comezon de murmurar de los prójimos en general y de los hombres políticos en parti-cular.

¿Qué hombres y qué cosas tiene la política!

Si quieren ustedes una prueba del atraso mo-ral y material en que nos encontramos por nues-tros propios pecados, no tienen ustedes que ha-cer otra cosa sino considerar la turba multa de hombres políticos con que se vé favorecida esta nacion privilegiada y magnánima, que, en efec-to, muy magnánima tiene que ser para sufrir los golpes y reveses que le propinan sus hijos.

Ha cundido de tal manera entre nosotros la mania de politiquear, tan poco se necesita aquí para ser hombre político, y á tal perturbacion y algarabía hemos llegado, que todas las artes, to-dos los oficios, todas las carreras, inclusive aque-lla que cuesta dos pesos en un coche de plaza, conducen á la vida pública.

Aquí todos nos hemos echado á la carrera, es decir, á hombres políticos, —esto es, se han echado todos, ménos este humilde servidor de ustedes, que todavia ignora á qué sabe la *sopa boba* del presupuesto; miéntras que ¡pobre de mí! únicamente sé á lo que huele, que es á cuer-

no quemado, el pagar contribuciones y el pato en todo lo demás;— todos los partidos adolecen del mismo mal, es decir, del sin número de caballeros á quienes hay que contentar, y por eso es tan difícil de gobernar en este país, y cada partido se divide en multitud de fracciones, de manera que tirando cada cual por su lado, resulta que siempre andamos jugando á *picame, Pedro que picarte quiero; quítate tú para ponerme yo...*

Al ver como suelen llegar al poder ciertas nulidades que en su vida han hecho cosa que valga dos cobres; individuos que si tuvieran entendimiento como osadia, serían unos sabios, que dejarían anonadados á los de la Grecia y á los de todo el mundo ¿qué demonios ha de suceder?... que todo quisque se echa hoy á la política.

Es cosa que maravilla ver como se ha convertido en ciencia infusa la ciencia de gobernar que á nuestros abuelos les parecía la mas difícil de todas, y que no se adquiría sino despues de largos estudios, de grandes conocimientos de historia antigua y moderna, de repetidos viajes de observacion y estudio á las demas naciones, además de una gran reputacion de patriotismo, honradez y virtud, necesaria é imprescindible en los que dirigen los destinos de un país.

¡Qué retrógados, qué atrasados eran nuestros abuelos!

Hoy, en esta época de luces, las cosas pasan de distinta manera. Hemos llegado á tal grado de adelanto, que nuestros políticos lo que estudian es el arte de intrigar; y en cuanto á reputacion de patriotismo, rectitud de carácter y honradez intachable.... punto en boca porque no me gusta meterme en la vida privada de nadie.

Y no digo nada de ese afán de medrar, por medio de la política, *causa causarum* de la situacion en que nos hallamos, y de que vengamos desde hace largo tiempo de mal en peor.

Los empleos públicos que debieran darse al mérito, á la esperiencia, á la laboriosidad probada, á los hombres verdaderamente útiles, se dan á cualquiera zascandil que tiene influjo y se le quitan con la misma facilidad que se le dán; así es que ser empleado viene á ser como no ser nada.

Ningun gobierno puede ser ordenado, ninguna situacion puede ser beneficiosa para el país. Los ministros apenas tienen tiempo para trabajar por sus intereses personales; cuando empiezan á preocuparse de los de la nacion, ya están completamente desahucados y en la terrible alternativa de si renuncian ó se hacen los *sucos*, al clamoreo que de todos los centros parte contra sus Exceleacias.

¡Ay! si en mi mano estuviera, qué pronto corregiria yo estos desaguisados de la política. Y sino, escuche usted mi plan, lector apreciable.

Figúrese usted que una mañana me mandara llamar S. E. y que presentándome yo de punto en blanco en su casa, me dijera:

—Hombre, hágame usted el favor de indicarme un ministerio de lo fino.

Crean ustedes que en seguida aceptaría el encargo y estendería los decretos dejando cesantes á los ministros que encontrara en la poltrona, y aún puede que á cada decreto añadiera unos considerandos que habian de hacer que al otro día se arrebataran de las manos las gentes los periódicos oficiales.

Ahora hé aquí como organizaria el nuevo ministerio.

Ministerio de Gobierno: un hombre sábio é independiente; un hombre de quien se tuviera la seguridad que nunca habia de ser disparatado, ni abusivo, ni desastroso.

Ministerio de Relaciones Exteriores: un hombre de muchísimo mundo, sagaz é inteligente, de aquellos á quienes no se la pega ni el mismo Lucifer.

Ministerio de Guerra: como ahora no estamos en grezca ni hay posibilidad de que andemos á linternazos con nadie, lo dejaría vacante. Cuando mas, por el bien parecer, se pondria en el ministerio una figura de movimiento, muy llena de entorchados y colgajos, que recibiera y repartiera saludos á derecha é izquierda.

Ministerio de Hacienda: (¡aquí te quiero yo escopeta!) Capaces son ustedes de creer que candidato seria uno de esos financistas dulcemas, que abundan tanto en la situacion. ¡Demonio! Nombraría al comerciante mas antiguo y probo, de quien nadie hubiera dicho jamás ni tanto así, y cuya vida hubiese sido un modelo de laboriosidad, economía y honradez, que es lo único que se necesita aquí para la prosperidad de la hacienda publica.

Formado así el ministerio estableceria tales ó cuales reglas de gobierno.

Como, por ejemplo, responsabilidad rigurosa y estrecha de todos los empleados desde ministro abajo. Que se haria *efectiva*, entiéndase bien.

Disminucion del ejército á lo muy necesario para el servicio de plaza, y licenciamiento de un monton de coroneles, comandantes, etc.

Nada de coches ni lujos en la casa de gobierno; gastos los muy indispensables y cuya lista se publicaria cada semana, así ella no constara de otra cosa que de la simple compra de un mango de pluma.

Ministro ó empleado que me anduviera con enjuagues y manipuleos, le metia en un zapato y le tapaba con otro, y le bailaba un can-can encima.

Tampoco consentiría aquello de reparto de la golosina de los empleos entre los de la familia.

Y no canso mas, pues si me pongo á detallar todo lo que yo haria en el caso supuesto, no terminaría este artículo en todo lo que resta del año.

Adios, señores, que no haya novedad, y cuidado con hablar mal de los gobiernos, que eso no se hace, niños.

B. N.